

cías de la adorable menestralía barceloní, quedó signado para siempre con la dulcísima sangre de aquella criatura. Unos pasos más al sur, en la plaza de Cataluña, al pie de una estatua de un mármol lívido, un alferez de infantería doblaba el junco de su talle andaluz bajo las botas ferradas de la canalla enfurecida. El andaluz y la catalanita eran novios.

Si a alguien, el evocar esta pareja le parece una cursilería, diré que yo no tengo la culpa de que sea un pequeño miserable.

◊

Pero hay una actitud de la mujer en guerra que es de una belleza trascendente. La sublime belleza del sereno dolor cristiano, que repite en cada madre y en cada esposa, como una paráfrasis viva, la imagen de la Madre Mediadora de todas las Gracias.

Es tan antigua esta figura de mujer, como es de antigua la guerra en España. Como es de antigua la guerra desde que el Apóstol nos trajo la Fe. Antes, la mujer española, pagana y elemental como una loba, mataba a sus hijos antes de entregarlos al invasor, como la mujer numantina.

La sublime luz del cristianismo transformó el heroísmo animal en un sereno heroísmo, equilibrado y magnífico. En un heroísmo angélico, callado, de hinojos. Un heroísmo que «cuenta con Dios». Nada menos.

El primer monumento literario español que ha llegado a nosotros es el poema de *Mío Cid*. ¡Cuántas llamadas profundas a nuestro espíritu y a nuestra actualidad contiene este portentoso poético! ¡Cuántas!



Esa viñeta circular, llena de personajes, con un dibujo de significación y de episodio muy propio de códices, representa el Castillo de Minneburg (Castillo del Amor) asaltado por los caballeros y defendido por las damas que usan para su defensa rosas como proyectiles. La escena está trabajada en un marfil del siglo XIV.

A este plano quiero traer solamente la comparecencia de la mujer cristiana ante la Guerra, entre españolas. Ximena Díaz y sus hijas participan en los triunfos del Cid con sus oraciones:

«Tú que a todos guías, va la Mío el Campeador» (1)

Cuando el Cid se separa de su mujer y de sus hijas en San Pedro de Cardeña, cae Doña Ximena de rodillas ante el altar y recita aquella ingenua oración:

«regando al Criador quanto ella mejor sabe que a Mío Cid el Campeador Dios le curiase de male» (2)

Y cuando el Campeador muestra con orgullo a su esposa la huerta de Valencia, el mar y la ciudad que «yaze» a sus pies «alçan las manos para Dios rogar» (3).

La arrogancia de Rodrigo de Vivar al partir contra el enemigo está llena de matices religiosos que pone en el poema el alma cristianísima de Doña Jimena:

«A vos grado, Cid; el al padre Spiritual» (1)

◊

Trabajar, orar, combatir. Trabajar en el orden de la casa; orar por el soldado de la Fe y por su victoria. Orar por su alma si el soldado pereció. Y finalmente, combatir cuando todo se ha perdido. He aquí las tres fases de la mujer en la Guerra de España.

Porque aquí tuvimos una reina que puso en orden la casa, combatió y ganó batallas, armó ejércitos y escuadras, alumbró un mundo. Oró incesantemente.

Y murió en olor de santidad después de haber desdoblado el orbe en el lirio de sus manos.

(1) Verso 241. (2) versos 238 y 239, (3) verso 1617. (4) verso 1651.



Esta escena corresponde a la heroica defensa madrileña del 2 de Mayo. Fué todo un pueblo el que se levantó en armas contra el invasor. Este grabado de la época recoge un aspecto de las luchas en plena calle —en el segundo término de la izquierda, aparece la célebre fuente «La Cibeles»— en donde las mujeres se prestaron a la lucha con las armas en la mano. El episodio tiene un cierto patetismo. Esa mujer con su hijo sujeto a la espalda lucha con un fusil mientras un fraile moribundo alza a su lado un crucifijo.